

NACIONAL

EMOCION TENSA EN LAS EXEQUIAS POR EL GOBERNADOR MILITAR ASESINADO

Madrid. (De nuestra Redacción.) En un clima de tensión contenida, que en algunos momentos llegó a desbordarse en gritos y crispación, se ofició ayer por la tarde, en el Cuartel General del Ejército, el funeral «corpore insepulto» por el alma del general Constantino Ortín Gil, asesinado el miércoles. El oficio fue también aplicado por el alma del comandante Herrera, igualmente asesinado por E. T. A. el pasado día 2, en San Sebastián.

Una vez finalizado el acto religioso, el féretro del general Ortín fue llevado a hombros por militares hasta el cementerio de la Almudena. A la comitiva militar se sumaron a su paso por las calles varios miles de personas. Se produjeron diversos incidentes.

TENSION CONTENIDA DURANTE LA MISA

El funeral comenzó a las tres y media de la tarde, en el patio de armas del palacio de Buenavista. Junto al altar se habían colocado dos grandes coronas de flores sobre sendas banderas nacionales.

En lugares preferentes, muy cerca del altar y a ambos lados del catafalco, se situó la presidencia del duelo. A la derecha, los altos mandos militares, encabezados por el vicepresidente del Gobierno y ministro de Defensa, teniente general Manuel Gutiérrez Mellado. Junto a él, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, teniente general Ignacio Alfaro Arregui, así como los jefes de los Estados Mayores de los tres Ejércitos: de Tierra, teniente general Tomás de Linares y Pidal; del Aire, teniente general Emiliano Alfaro Arregui, y de la Marina, almirante Alvaro

Pelluz, seguidos de sus respectivos ayudantes. A la izquierda del catafalco se encontraba la viuda del general Ortín, acompañada de familiares allegados. Los altos mandos militares que fueron llegando al patio de armas se situaron a ambos lados.

Se encontraban presentes el capitán general de la I Región, teniente general De la Torre Pascual; el nuevo gobernador militar de Madrid, general Allendesalazar, y numerosos tenientes generales, como Alvarez Arenas, Coloma Gallegos, Iniesta Cano, etcétera.

Dando frente al altar, una compañía de infantes rindió los honores de ordenanza a lo largo del acto religioso. Detrás se fueron situando los representantes de jefes, oficiales y suboficiales de los Cuerpos y unidades militares de los tres Ejércitos. No hubo representaciones civiles. A excepción de periodistas y familiares, el resto de los asistentes eran todos miembros de las Fuerzas Armadas, y la mayor parte de uniforme, aunque también había alguno de paisano.

SOLO MILITARES

La entrada al recinto estuvo sujeta a un riguroso control por parte de la Policía Militar, que pedía la documentación a todas las personas que intentaban acceder al cuartel, aunque fueran de uniforme, sin atender a su graduación.

En las calles adyacentes al Cuartel General, la Policía Armada tuvo establecido durante todo el día un imprecionante servicio de vigilancia.

La compañía de infantes rindió los honores de ordenanza a la llegada del teniente general Gutiérrez Mellado. En estos momentos, los asistentes guardaban un imprecionante silencio castrense, sólo roto por los sollozos de la viuda, doña María de Ortín, que estuvo durante toda la ceremonia deshecha en llanto. Se podía apreciar, sin embargo, un clima de tensa emoción, que se acentuó cuando a los acordes del himno de Infantería hizo entrada en el patio de armas el féretro con los restos del general asesinado, cubierto por una bandera nacional, a hombros de altos jefes militares, que lo depositaron sobre el catafalco. Los asistentes, en posición de fir-

El féretro fue llevado a hombros de militares desde el Cuartel General del Ejército hasta el cementerio de la Almudena

mes, continuaron manteniéndose en el más absoluto silencio.

Una vez trasladada la bandera al lado derecho del altar, el vicario general castrense, monseñor Emilio Benavent, inició el oficio religioso, concelebrándolo con otros ocho capellanes militares. Apenas comenzada la misa empezaron a exteriorizarse los primeros síntomas de emoción. Uno de los militares asistentes gritó «¡Viva el honor», que fue secundado por la mayoría de los asistentes. El oficiante leyó el pasaje evangélico de la resurrección de Lázaro. No se pronunció ninguna homilía.

GRITOS DE «DIMISION»

Una vez finalizado el acto —que duró unos veinte minutos— fue entonado el himno de Infantería, y, posteriormente, se escuchó el toque de Oración en el más riguroso orden de firmes. Fue retirada la bandera. En estos momentos, en algunos núcleos —localizados, pero amplios— del Patio de Armas estalló la indignación: mezclados con vivas a España comenzaron a oírse gritos de «Muera la E. T. A.», «¡Viva el general Atarés!», «Mueran los traidores». Entre los gritos, el más generalizado fue el de «Dimisión», «Dimisión». que corearon una parte de los presentes. Mientras los altos mandos seguían en los lugares que habían ocupado se sucedieron momentos de notable confusión. El féretro fue sacado a hombros por la puerta Sur, mientras desde un equipo de megafonía se instaba a los asistentes a abandonar el recinto por la puerta Norte. Varios cientos de militares se encaminaron, sin embargo, detrás del féretro y continuaron su protesta, al parecer, en esos momentos dirigida al Gobierno y al vicepresidente Gutiérrez Mellado.

EL FERETRO, SACADO A HOMBROS

Cuando el ataúd estaba ya colocado en el furgón varios militares pidieron que el féretro fuera sacado a hombros. Otros grupos se opusieron al intento, pero finalmente dos asistentes —aparentemente suboficiales— sacaron el ataúd.

Se produjeron nuevos momentos de confusión y la comitiva salió a la calle. Eran aproximadamente las cuatro y media de la tarde. En las inmediaciones de la calle Alcalá se encontraban numerosos grupos de personas —que se pueden calcular en unas 3.000—. Abundaban las banderas nacionales y las insignias de Fuerza Nueva y Falange. A la salida del féretro se oyeron aplausos y gritos de «¡Ejército al Poder!» Las personas civiles que esperaban forcejearon con los policías que formaban el cordón de seguridad y se unieron a la comitiva, en la que iban aproximadamente unos 300 militares. Abrían la marcha dos furgones repletos de coronas de flores, seguidos por varios coches de altos mandos castrenses. A lo largo del trayecto, recorrido totalmente a pie por los portadores del féretro hasta el cementerio de la Almudena, se produjeron algunos incidentes en los que solamente intervinieron personas de paisano. Al llegar a la Puerta de Alcalá fue quemada una ikurriña, y unos metros más arriba, frente al Retiro, se prendió fuego a otra bandera igual.

La mayoría de los incidentes que posteriormente se irían produciendo fueron en-

frentamientos entre personas de la comitiva y otras que observaban el cortejo desde las aceras.

Sobre las cinco y media de la tarde entró la comitiva en el cementerio de la Almudena y media hora después —pasadas las seis— llegaba frente a la sepultura, en el ala nueva del camposanto. Unos 200 militares aguardaban desde mucho antes la llegada del féretro, junto a los periodistas y un pequeño grupo de personas de paisano. Entre los altos jefes militares, que esperaron cerca de hora y media ante la tumba se encontraba el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, teniente general Tomás de Liniers, y el capitán general de la I Región, teniente general De la Torre Pascual. La multitud de civiles que había acompañado al féretro durante el recorrido provocaron a la llegada un cierto tumulto. Sin embargo, la inhuma-

ción se llevó a cabo, en medio de un respetuoso silencio. Dos jóvenes —uno de ellos con boina negra, al parecer pertenecientes al Frente de la Juventud, disidente de Fuerza Joven— colocaron dos banderas nacionales cruzadas frente a la tumba. El capellán castrense rezó un responso, mientras se producían escenas de intenso dolor entre los familiares del general asesinado.

Mientras los sepultureros cubrían el féretro, fue cantado nuevamente el himno de Infantería.

Posteriormente, mientras la mayor parte de los militares abandonaban el lugar un grupo entonó el «Cara al sol». Se escucharon vivas al Ejército y en algunos puntos volvió a oírse el «slogan» de «¡Ejército al Poder!»

Pasadas las seis y media de la tarde, los asistentes comenzaron a abandonar ordenadamente el cementerio.